

CRONICA

† BELINDO ADOLFO TORRES

(1917-1965)

Con la muerte del profesor doctor Belindo Adolfo Torres, acaecida en La Plata el 4 de noviembre de 1965, a la edad de 48 años, pierde la Entomología nacional uno de sus más destacados culto-



res y la Entomología mundial uno de los mejores especialistas en homópteros auquenorrincos. Profesor de Invertebrados II (Artrópodos) y jefe de la División Entomología en la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la Universidad Nacional de La Plata, deja en ella los frutos de una labor intensa y proficua y un vacío que, por muchos conceptos, resultará difícil llenar. Su trato siempre afable y cordial, su inmensa simpatía, su dinamismo, su entusiasmo juvenil por todo aquello que se relacionara con la Entomología, su hombría de bien, habrán de dejar un recuerdo imborrable en su querido Museo de La Plata; así lo atestigua el

espontáneo homenaje que durante las exequias le rindieran autoridades, colegas, empleados y alumnos.

Nació en la ciudad de Pergamino (provincia de Buenos Aires) el 3 de abril de 1917; allí cursó estudios primarios y secundarios, graduándose de maestro normal nacional primero y de bachiller después. En 1937 se radicó en La Plata para estudiar ciencias naturales en el Instituto Superior del Museo, recibiendo el título de doctor en la especialidad en 1942, con orientación zoológica, iniciando al mismo tiempo los estudios de entomología. Su tesis doctoral, junto con sus primeros trabajos sobre los homópteros cicácidos, constituyen el símbolo de una firme vocación: el doctor Torres renunció a una beca que le fuera concedida para especializarse en Geología, prefiriendo la que nada le daba en esos momentos, pero en la que descollaría después.

Su carrera docente y de investigador, cumplidas sin interrupciones de ninguna clase, está jalonada por una actuación brillante que le dio el prestigio de que gozaba, tanto en el país como en el extranjero. Instituciones de todo el mundo debieron recurrir a sus conocimientos para la clasificación de los materiales del grupo acumulados en sus colecciones. Produjo, además, una serie de trabajos que se consideran como fundamentales para el estudio de esos insectos, entre los que se destacan *Revisión de los géneros "Chonosia" Dist., "Mendozaana" Dist. y "Derotettix" Berg y algunas interesantes notas calcidológicas* (1945), *Estudio biológico sobre "Fidicina mannifera" (Fabr.) y su importancia económica en la Argentina* (1953), *Revisión del género "Tettigades" Amyo. et Serv.* (1958) y *Estudio anatómico de ductos y estructuras del aparato genital en hembras de Cicádidos. Su valor taxionómico* (1963).

Participó de muchos congresos y reuniones realizados en el país y en el exterior y visitó los más afamados institutos de la especialidad, estudiando sus colecciones. Realizó además muchos viajes por todo el país, colectando materiales entomológicos y efectuando estudios sobre los mismos.

La organización de la división a su cargo en la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de La Plata, le insumió mucho tiempo, pero supo llevarla al plano en que se encuentra en la actualidad; la consulta de sus ricas y valiosas colecciones es imprescindible para el mejor conocimiento de muchos grupos de insectos y presta incalculables servicios a los investigadores de la especialidad.

La labor principal la desplegó el doctor Torres en la mencionada institución, pero también prestó servicios en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de Buenos Aires y en la Secretaría de Agricultura y Ganadería de la Nación. En nuestra casa estuvo relacionado con la cátedra de Zoología Agrícola, donde cumplió la adscripción.

La desaparición del doctor Torres a tan temprana edad, cuando aún mucho se esperaba de él, ha producido verdadera consternación en los círculos científicos de todo el mundo.

Sus restos, junto a los de sus mayores, descansan en el cementerio de su ciudad natal. — *Luis De Santis*.

LA ÚLTIMA EMIGRACION DE LOS NUBIOS ¹

La antigua tierra de Nubia ha desaparecido ya casi por completo bajo las aguas que se acumulan tras la presa de Asuán. El Nilo, en sus crecidas, casi ha devorado Wadi Halfa — ciudad situada en el Sudán septentrional, en la frontera de la República Árabe Unida —, una gran parte del desierto de Nubia y muchas aldeas.

Las casas construidas en Wadi Halfa con diversos materiales, desde adobe a cemento, y las encaladas moradas aldeanas que salpican irregularmente las orillas sinuosas del Nilo, en la franja de 160 kilómetros de su valle al sur de la ciudad, están ya bajo el agua o lo estarán pronto cuando se termine la presa. Lo mismo les sucede a los trigales, los palmerales y los escasos terrenos de pastoreo.

En el inhóspito desierto, a ambos lados de la frontera entre el Sudán y la RAU, vivían unos 100.000 nubios de unas 200 tribus. Desde tiempos prehistóricos, sólo han conseguido arrancarle al suelo mezquino lo necesario para arrastrar una mísera existencia.

Aparte del cultivo de los dátiles y algunos otros productos, pescaban y criaban un escuálido ganado. Muchas familias vivían de lo que les enviaban los hombres que emigraban a alguna de las grandes ciudades más próximas — Cairo, Alejandría o Kartum — para trabajar y ahorrar.

¹ Artículo preparado por la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO), Roma, Italia, 1966.

Al interior de la frontera sudanesa, la ciudad de Wadi Halfa era el puerto fluvial de los barcos egipcios que venían de Asuán y la terminal septentrional de los ferrocarriles sudaneses.

Si bien la presa de Asuán no estará terminada hasta 1970, casi toda la ciudad está ya sumergida bajo las aguas. Actualmente, casi únicamente el minarete y la superestructura de la principal mezquita de Halfa, construida por los egipcios, presiden el acuoso final de una civilización que sobrevivió durante varios milenios y que dio a Egipto su vigésimoquinta dinastía de gobernantes. También por encima del agua se alza la cúpula blanca de la tumba de Syedna Ibrahim, santo venerado, y el tejado inclinado del único cine de la ciudad. Alguna que otra embarcación navega ya por donde antes, a unos metros de profundidad, caminaban las gentes.

No lejos de la orilla hay de 4.000 a 5.000 nubios que hasta ahora se han negado a desplazarse. Han levantado chozas rústicas y casas en las que hacen ondear sus pequeñas banderas y gallardetes. Hablando con su jefe —el Amda como se le llama localmente— se comprueba al instante ese apego de los rubios por su tierra, de que nos habla la historia. “Llevamos siglos aquí”—dijo. “Nuestra historia aquí está y en las profundidades del suelo descansan nuestros antepasados. Si hemos arraigado en este lugar, ¿por qué hemos de abandonarlo?”

Pero unos 45.000 compatriotas suyos, con más de 20.000 animales domésticos, han cedido y se han trasladado a las proximidades de Khasm-el-Girba, 1.300 kilómetros al sur. Esta es la tierra de la tribu Suhkria, a 60 kilómetros de la frontera etiope.

Fue preciso poner a contribución fuertes incentivos y una gran dosis de persuasión para conseguir que se marcharan. A cambio de sus casas en Wadi Halfa, valoradas desde 100 hasta 2.000 dólares, se les ofrecieron nuevas viviendas con dos a tres dormitorios, que costaban de 6.000 a 7.000 dólares. A cada familia se le han asignado también unas 6 hectáreas de tierra, propiedad del gobierno, para cultivar maní, trigo y algodónero, en una rotación de cultivo de tres años.

Los primeros nubios llegaron a sus nuevas casas el 8 de enero de 1964. Eran 150 familias, unas 720 personas. Se trasladaron con sus enseres, sacos y camas y, lo que no es menos importante, sus animales — asnos, cabras y ovejas. Simbólicamente, recibieron las llaves de sus nuevas casas. Desde entonces la emigración ha continuado y un tren tras otro ha llevado a los nubios a sus nuevas

casas y tierras. La labor de la Comisión de Reasentamiento de Wadi Halfa, del Gobierno sudanés, está en gran parte terminada.

Existe ya la nueva ciudad de Halfa con 1.500 casas para 7.500 personas, completa, con escuelas, un hospital, clubes, una mezquita, carreteras rectas, electricidad y agua corriente. Esto por lo que respecta al nubio urbano.

Para la abrumadora mayoría de cultivadores que figuran entre ellos, existen ya 23 nuevas aldeas, la mayor parte completas, con escuelas, dispensarios, clubes y otros servicios. Hay kilómetros y kilómetros de lozanos y verdes campos de algodónero y cultivos de trigo, maní y caña de azúcar, atravesados por canales rectos y acequias de riego. La verde llanura la quiebran, a veces, aves y animales de pastoreo, con las hileras de limpias casas encaladas al fondo.

Se están construyendo tres pueblos más y para fines de este año se espera que el resto de los nubios, que aún se aferran al desierto que se extiende a lo largo del Nilo, se trasladen a las tierras de regadío.

Atravesando la frontera, en la República Arabe Unida, 50.000 nubios se han trasladado de la zona inundada por la presa, a Kom Ombo, en el distrito de Asuán, unos 50 kilómetros al norte del lugar. Fueron a 33 nuevas aldeas, llevándose consigo 23.000 aves y 27.000 animales de otras especies. En Kom Ombo, las autoridades de la RAU han rehabilitado 14.700 hectáreas de tierra desértica. Se ha construido una red de canales. Actualmente el agua se bombea en los canales, ya que se tardará algún tiempo hasta que exista un paso directo del agua desde la presa de Asuán. Se han organizado escuelas y hospitales y se enseñan oficios a las mujeres nubias para ayudarlas a complementar sus ingresos.

En uno de los mayores y más ordenados desplazamientos efectuados en Africa, el Programa Mundial de Alimentos, conjuntamente patrocinado por las Naciones Unidas y la Organización para la Agricultura y la Alimentación, ha desempeñado su función.

El PMA se organizó en enero de 1963 para realizar experimentos en el empleo de los alimentos para fomentar el desarrollo económico y social, y el proyecto de Wadi Halfa en el Sudán fue el primero elegido para concederle asistencia. Se destinaron cerca de 3 millones de dólares de ayuda alimentaria a los nubios, repartida por igual en las dos mitades de Nubia. Estos alimentos se han distribuido entre los nubios para ayudarles a mantenerse hasta

que recogieran sus cosechas y se asentaran en las nuevas tierras. Durante más de 18 meses, a los nubios de la RAU se les facilitó harina de trigo, leche desnatada en polvo, aceite vegetal, maíz y sorgo, productos todos ellos obtenidos de los alimentos destinados al Programa por los Estados Unidos.

En el Sudán, el PMA durante los tres últimos años envió trigo de los Estados Unidos, leche desnatada en polvo y leche entera de Austria y Nueva Zelandia, frutas secas y en conserva de Australia y aceite vegetal de Alemania.

Todos estos alimentos proporcionaron provechosos elementos para la cocina nubia. La harina de trigo se utilizó para la Tarkina, una especie de "curry" de pescado, Mesha ul Bit, plato que también lleva cebolla y especias, y un dulce, Nowi Kabida, para el que se emplean grasas y azúcar, además de la harina de trigo. La leche se consumió sola o con té, y el aceite se empleó mayormente para guisar.

En el Sudán, el Programa ha cumplido ya su objeto con 30.000 de los nubios que están ya plenamente asentados y por lo tanto quedan fuera de racionamiento.

Pero el Comisario Auxiliar de Nueva Halfa, Syed Difallah, dice que los nubios necesitan fruta porque sus huertos no producen. De hecho, confesó que a los nubios les han gustado esos alimentos importados y desearían que los suministros continuaran. No es tarea fácil para las autoridades convencerlos del papel transitorio de la ayuda alimentaria.

Para regar los cultivos producidos por los nubios y suministrar electricidad, se ha construido una gran presa en Khashm-el-Girba, en el río Atbara, afluente del Nilo. La superficie total cultivada actualmente es de 60.000 hectáreas y finalmente se aumentará a 200.000. En la primera fase, se les han reservado a los nubios 48.000 hectáreas, que incluyen 12.000 hectáreas para caña de azúcar. Se ha terminado ya la instalación de una fábrica de azúcar y se espera que pueda satisfacer una buena parte de la demanda sudanesa.

El proyecto, aunque concede preferencia a los nubios, ha de incluir a los primitivos habitantes de la zona, la tribu Shukria, y a otros agricultores que pudieran trasladarse al nuevo lugar— a dicha tribu Shukria se le han reservado 6.800 hectáreas de terreno de regadío.

En su nuevo ambiente, los nubios encuentran muchos cambios respecto del antiguo. Sus casas de antes, con complicadas decora-

ciones externas, han sido sustituidas por otras más sencillas, pero más confortables y espaciosas, en comunidades planificadas. Las carreteras son anchas y pavimentadas y en los pueblos hay alumbrado público. El agua del Nilo ha sido sustituida por agua corriente filtrada.

Se dispone fácilmente de asistencia médica. Un típico dispensario de la aldea dispone de un refrigerador para las medicinas, de un par de enfermeras, un médico e incluso un pequeño laboratorio patológico — lo cual eran vanos sueños en las viejas aldeas situadas a lo largo del Nilo. Los médicos locales hablan de una mejor situación sanitaria y dicen que los casos de malaria y bilharzia, así como de enfermedades respiratorias, están disminuyendo.

Otro cambio importante es el gran aumento en la tasa de natalidad, que es ahora mayor que en la zona de Wadi Halfa. La vida familiar es ya más regular y son pocos los que tienen necesidad de abandonar su hogar para trabajar en las ciudades lejanas.

Otra de las novedades es que se han trasladado de una zona de escasa o ninguna pluviosidad a otra en la que hay tres meses de lluvias. El agua asegurada de los canales significa buenas cosechas y gran parte de las labores que antes se hacían a mano las realizan ahora las máquinas. El servicio de extensión recientemente establecido en las zonas de asentamiento, está enseñando técnicas agrícolas nuevas y más productivas. En la granja experimental, se cultivan varias clases de frutas y hortalizas e incluso se está ensayando con el arroz.

Ya empieza a parecer que la tierra prometida cumplirá sus promesas.